

*Salvador M. M. M.*

JOHN LYONS  
Profesor de Lingüística  
Universidad de Sussex

# INTRODUCCIÓN AL LENGUAJE Y A LA LINGÜÍSTICA

Versión española

RAMÓN CERDÁ  
Catedrático de Lengua Española  
Universidad de Barcelona



EDITORIAL TEIDE - BARCELONA

(c) «La estilística se ocupa de los valores expresivos y evocativos de la lengua» (Ullmann, 1962: 9).

¿Acaso definen las tres la misma gama de fenómenos? ¿Cuál prefiere usted, y por qué? ¿Qué distinción establecería, si es que la halla, entre la estilística literaria y no literaria?

## 10. Lengua y cultura

### 10.1 ¿Qué es la cultura?

La palabra 'cultura' (y sus equivalentes en otras lenguas europeas) contiene diversos sentidos afines, dos de los cuales conviene mencionar y distinguir aquí.

Hay, en primer lugar, el sentido por el que 'cultura' resulta más o menos sinónimo de 'civilización' y, en una formulación más antigua y radical del contraste, se opone a 'barbarie'. Es el sentido que aparece, en español, cuando se dice de alguien que es persona 'culto' o 'cultivada'. Se funda, en último extremo, en la concepción clásica de la excelencia en el arte, en la literatura, en las buenas maneras y en las instituciones sociales. Remozada por los humanistas del Renacimiento, esta concepción clásica fue subrayada por los pensadores de la Ilustración, en el XVIII, y asociada a su visión de la historia de la humanidad como progreso y desarrollo.

Este concepto de historia, junto con otros típicos de la Ilustración, recibió las críticas de Herder, quien dijo del equivalente alemán de 'cultura': «nada hay tan indeterminado como esta palabra, ni tan engañoso como su aplicación a todas las naciones y períodos» (cf. Williams, 1976: 70). Arremetió especialmente contra el supuesto de que la cultura europea del XVIII, dominada por el francés y por ideas francesas, representase el punto culminante del progreso humano. Interesa notar, a este propósito, que los eruditos franceses suelen emplear la expresión 'langue de culture' [lo mismo que, en español, su equivalente 'lengua de cultura'] para distinguir lo que se considera una lengua culturalmente más avanzada con respecto a otras más atrasadas. En alemán, también 'Kultursprache' se utiliza de un modo similar. Y pese a que no existe un equivalente aceptado en inglés, la actitud sobre la que descansa el uso de tales expresiones no es menos habitual en las sociedades anglohablantes. Como vimos en un capítulo anterior, la mayoría de lingüistas de la actualidad asumen el supuesto de que no existe algo así como lenguas primitivas (cf. 1.7). No obstante, merece la pena que volvamos a exa-

minar el asunto con especial referencia a esa concepción clásica de la cultura. Así lo haremos más adelante (cf. 10.5).

En lo que sigue, interpretaremos la palabra 'cultura', no en el sentido clásico, sino en otro que cabe considerar más o menos antropológico. En realidad, éste es el sentido que propuso Herder, aun cuando hasta sólo unos ochenta años después no empezaran a adoptarlo los antropólogos que escribían en inglés. Con esta interpretación, 'cultura' aparece sin implicar ninguna suerte de progreso humano unilateral entre la barbarie y la civilización ni ningún juicio previo de valor con respecto a la calidad estética o intelectual del arte, la literatura, las instituciones, etc., de una determinada sociedad. En este sentido del término, que desde la antropología se ha extendido a las demás ciencias sociales, cada sociedad tiene su propia cultura, de forma que los diversos subgrupos que comprende pueden tener, a su vez, otras subculturas distintivas. La apología de Herder en favor de la palabra 'cultura' así entendida estaba articulada con su tesis sobre la interdependencia del lenguaje y el pensamiento, por una parte, y, por otra, con la concepción de que la lengua y la cultura de una nación son manifestaciones de su espíritu o mentalidad específicos. Muchos otros escritores del movimiento romántico sostuvieron ideas similares a este respecto. Se trata, por cierto, de una de las múltiples derivaciones que componen el complejo desarrollo histórico de la llamada hipótesis de Sapir-Whorf, que ha concitado toda la discusión sobre la lengua y la cultura, y aun sobre el lenguaje y el pensamiento, de hace una generación (cf. 10.2).

Pese a que actualmente en las ciencias sociales, y en especial por parte de los antropólogos, el término 'cultura' se emplee en el sentido que acabamos de precisar, lo cierto es que aún puede definirse, técnicamente, de varias maneras diferentes. En virtud de la definición que adoptaremos en adelante, puede describirse como el conocimiento socialmente adquirido, esto es, como el conocimiento que uno tiene por su condición de miembro de una determinada sociedad (cf. Hudson, 1980: 74). Dos aspectos hay que señalar aquí acerca de la palabra 'conocimiento'. Ante todo, que debe entenderse en el sentido de que abarca el conocimiento tanto práctico como teórico, esto es tanto el saber hacer algo como el saber que algo es o no así. En segundo lugar, con respecto al conocimiento teórico o proposicional, lo que cuenta es la creencia de que algo es verdad, y no la verdad o falsedad real de ese algo. Además, en relación con la mayoría de culturas, por no decir de todas, hemos de admitir distintos tipos o niveles de verdad, de modo que, por ejemplo, la verdad de una determinada opinión religiosa o mitológica se evalúa de un modo diferente a como se evalúa la exposición de un mero evento factual. Vista así, la misma ciencia forma parte de la cultura. Y en cuanto a la discusión sobre las relaciones entre lenguaje y cultura, no hay que conceder ninguna prioridad al conocimiento científico sobre el que deriva del sentido común y aun de la superstición.

Es costumbre trazar una distinción entre transmisión cultural y transmisión biológica (es decir, genética). En lo que concierne al lenguaje cabe muy bien la posibilidad de que haya una facultad innata para la adquisición

lingüística (cf. 8.4). Ahora bien, sea como sea, no cabe duda de que el conocimiento que se tiene de la propia lengua nativa se transmite por vía cultural, esto es, se adquiere, aunque no necesariamente se aprende, en virtud de la pertenencia a una determinada sociedad. Más todavía, aun cuando haya una cierta facultad lingüística genéticamente transmitida, no basta para dar lugar a la adquisición y al conocimiento de una lengua, a menos que la sociedad en que se desenvuelve el niño no proporcione los datos sobre los que actúa dicha facultad y lo haga, presumiblemente, en unas condiciones que no menoscaben seriamente el progreso cognoscitivo y emocional del niño. Ello supone que hay una interdependencia entre lo cultural y lo biológico en el lenguaje. En efecto, basta reflexionar un poco para reconocer que la competencia lingüística de cada uno, al margen de su fundamento biológico, entra en el ámbito de nuestra definición de cultura. Y puede suceder muy bien que otros tipos de conocimiento socialmente adquirido —incluyendo el mito, las creencias religiosas, etc.—, tienen tanta base biológica exclusiva de cada especie como la misma lengua. Conviene recordar bien este hecho al considerar la adquisición y la estructura de la lengua a partir de la oposición entre lo biológico y lo cultural. Y desde luego, ya no cabe pensar en la distinción nítida entre naturaleza y crianza o educación.

## 10.2 La hipótesis de Sapir-Whorf

El gran lingüista y antropólogo norteamericano Edward Sapir (1844-1939) y su discípulo Benjamin Lee Whorf (1897-1941) heredaron una tradición del pensamiento europeo (con toda probabilidad, a través de Franz Boas: 1848-1942) que, como hemos visto, desempeñó un importante papel en el desarrollo del estructuralismo (cf. 7.2). La tradición se remonta al menos hasta Herder y tuvo en Wilhelm von Humboldt uno de sus primeros y más influyentes representantes (cf. 8.1). El movimiento se caracteriza por la importancia que concede al valor positivo de la diversidad cultural y lingüística y, en general, su adhesión a los principios del idealismo romántico.

Aun siendo hostil al clasicismo, al universalismo y al intelectualismo excesivo de la Ilustración, la tradición de Herder y Humboldt no llevó su hostilidad hasta el extremo de negar la existencia de universales lingüísticos y culturales. Humboldt, al menos, subrayó tanto lo universal como lo particular en el lenguaje. Concibió la diversidad estructural de las lenguas (su forma interior) como consecuencia de una facultad universalmente operativa y específicamente humana de la mente. De ahí que Chomsky reconociese en Humboldt («que se encuentra en la misma encrucijada del pensamiento racionalista y romántico y cuya obra constituye en muchos aspectos el punto culminante y aun terminal de estos movimientos»; Chomsky, 1966: 2) los inicios del generativismo y, más en particular, de su propia concepción sobre la creatividad (cf. 7.4). En cualquier caso, la versión del principio de Herder

y Humboldt sobre la relación entre lenguaje y pensamiento, al que los lingüistas, antropólogos y psicólogos americanos agregaron en la década de 1950 a 1960 el rótulo de 'hipótesis de Sapir-Whorf', se relaciona habitualmente con la tesis de la relatividad lingüística. Y aunque no sea forzosamente concomitante con el estructuralismo en sí, dicha tesis se alzó en uno de los rasgos más sobresalientes de sus versiones americanas, entre ellas, la de la escuela post-bloomfieldiana.

Como vimos anteriormente, Herder enunció la interdependencia de la lengua con el pensamiento (cf. 8.1). Humboldt se acerca más al determinismo lingüístico. La hipótesis de Sapir-Whorf en su presentación más corriente concierne el determinismo lingüístico («La lengua determina el pensamiento») con la relatividad lingüística («No hay límite para la diversidad estructural de las lenguas»). En su manifestación más radical, la hipótesis de Sapir-Whorf puede describirse como sigue:

(a) Estamos, en todos nuestros pensamientos y para siempre, a merced de la lengua que ha venido a convertirse en el medio de expresión de [nuestra] sociedad, pues no podemos sino «ver y oír, y en todo caso sentir», en función de las categorías y distinciones codificadas en la lengua; (b) las categorías y distinciones codificadas en un sistema lingüístico son peculiares a dicho sistema e incongruentes con las de otros sistemas.

No puede asegurarse con certeza si Sapir o Whorf habrían suscrito la hipótesis hasta este extremo. Aunque he incorporado expresiones del propio Sapir en la formulación de más arriba, el célebre pasaje de donde proceden (Sapir, 1947: 162) contiene asimismo otra serie de precisiones que cualifican y reducen aquella contendencia.

Merece notarse que, aun con esa formulación tan extrema, la versión radical de la hipótesis, que acabamos de ofrecer, no excluye por sí misma la posibilidad de admitir el bilingüismo. Cabría argüir, desde luego, que el hablante bilingüe tiene dos visiones incompatibles del mundo y que pasa de una a otra al cambiar de una a otra lengua. No obstante, si es así, la hipótesis en su forma más rotunda choca con el hecho indiscutible de que los hablantes bilingües no presentan síntomas evidentes de operar con visiones del mundo radicalmente incompatibles entre sí, y de que a menudo proclaman la capacidad de decir una misma cosa en cualquier lengua. También los traductores admitirán, si no siempre, muy a menudo, que lo expresado en una lengua puede expresarse igualmente en otra. (En seguida me ocuparé de la puntualización de «si no siempre, muy a menudo».)

Probablemente, hoy ya nadie apoyaría el determinismo o la relatividad en ninguna de sus versiones más extremas. Pero queda aún mucho por decir en favor de una versión más moderada —y filosóficamente menos interesante— de la hipótesis de Sapir-Whorf en que se modifiquen sus tesis constitutivas. Comencemos por el determinismo.

El interés de los psicólogos por la influencia de la lengua sobre el pen-

samiento antecede a la propia formulación de la hipótesis de Sapir-Whorf. Desde hace mucho se ha comprobado que la memoria y la percepción se ven afectadas por la disponibilidad de palabras y expresiones adecuadas. Por ejemplo, los experimentos han demostrado que los recuerdos visuales tienden a deformarse de modo que se hallen en más estricta correspondencia con expresiones comunes, y que la gente tiende a advertir (y a recordar) las cosas que son codificables en su respectiva lengua, es decir las cosas que entran en el ámbito de palabras y expresiones muy asequibles. La codificabilidad, en este sentido, es cuestión de grado. Lo que entra en la denotación de una sola palabra habitual (p. ej., 'tío', en español) resulta más fácilmente codificable que algo cuya descripción exija una frase expresamente construida (p. ej., 'hermano del padre o de la madre').

Es bien sabido que los vocabularios de las lenguas tienden a ser, en mayor o menor medida, no isomórficos entre sí (cf. 5.3). Y en tanto que así es, hay cosas más codificables en una lengua que en otra. Por ejemplo, del mismo modo que se dice que en esquimal no existe una palabra única para la nieve, sino muchas para distintos tipos de nieve, parece que la mayoría de lenguas australianas tampoco disponen de una palabra con el significado de «arena», sino varias, también para referirse a distintas clases de arena. La razón es evidente en ambos casos. La diferencia entre un tipo u otro de nieve o de arena reviste gran importancia en la vida cotidiana de los esquimales y de los aborígenes australianos, respectivamente. El español, al menos en principio, no ofrece palabras más específicas que 'nieve' y 'arena'. Ahora bien, los esquiadores, por ejemplo, que sienten un interés por la nieve semejante al de los esquimales, pueden emplear expresiones como 'nieve polvo', 'nieve primavera', etc., las cuales, en virtud del uso repetido y la fijez de denotación en un determinado grupo, se aproximan a la situación de lexemas y hacen que ciertos fenómenos resulten más fácilmente codificables para los miembros de estos grupos que para el resto de hablantes en general.

Conviene retener bien esto. La codificabilidad no es necesariamente constante y uniforme en el marco de una comunidad lingüística, en especial cuando se trata de una comunidad tan compleja, difusa y variada como la de los hablantes nativos de español. Demasiado a menudo se establece la correlación entre lengua y cultura en un plano muy general y con el supuesto tácito o explícito de que quienes hablan una misma lengua han de compartir asimismo la misma cultura. Tal pretensión es evidentemente falsa con respecto a muchas lenguas y culturas. No menos importante resulta el hecho de que la codificabilidad no es un mero asunto de existencia o no existencia de lexemas formados por una sola palabra. A pesar de todo, mientras no olvidemos que hablamos, en principio, de grupos y no de naciones enteras y que los recursos productivos del sistema lingüístico pueden permitir a los miembros de un grupo incrementar por sí mismos la codificabilidad de lo que reviste especial interés para ellos, podemos continuar utilizando el concepto de codificabilidad como si se tratara de una propiedad global de los sistemas lingüísticos.

Cuando en la década de 1950 a 1960 los psicólogos investigaron la hipótesis de Sapir-Whorf, se demostró que la mayor codificabilidad de ciertas

distinciones de color en una lengua frente a otra ejercía el efecto esperado sobre la memoria y la percepción. Por ejemplo, los hablantes monolingües de zuni, una lengua amerindia que no codifica la diferencia entre el naranja y el amarillo, presentaban más dificultades que los hablantes monolingües de inglés o que los hablantes zunis que sabían también inglés para volver a identificar, tras un cierto período de tiempo, objetos de un color fácilmente codificable en inglés, pero no en zuni. Sin embargo, esto no daba lugar a que los hablantes de zuni no fuesen capaces de distinguir la diferencia entre un objeto amarillo y otro naranja cuando se les pedía que los comparasen.

Puede decirse que las experiencias en cuestión han confirmado parcialmente la hipótesis de Sapir-Whorf, pero no brindan evidencias en favor de su versión más radical. Lo mismo vale para los experimentos realizados entre 1950 y algo después de 1960, entre ellos uno especialmente interesante encaminado a comprobar el efecto de las diferencias de estructura gramatical más que puramente léxica (cf. Slobin, 1971: 131 y ss.). Con ello, se volvió a confirmar la versión más moderada de la hipótesis, esto es que la estructura de la propia lengua influye sobre la percepción y el recuerdo. Es un dato que no debe olvidarse tampoco. Acaso puede sorprender que sea más fácil trazar ciertas distinciones en una lengua que en otra. Y, sin embargo, es así. Y parece que esta diferencia ejerce una cierta influencia sobre la percepción y la memoria entre las lenguas, y aun sobre nuestra manera cotidiana de pensar.

Como la tesis del determinismo lingüístico ya no es objeto de tan intensas discusiones como lo fue hace una generación, es difícil saber cuál es el estado de opinión entre los estudiosos acerca de ella. Seguramente es justo pensar que la mayoría de psicólogos, lingüistas y filósofos admiten que la lengua ejerce efectivamente el tipo de influencia que acabo de indicar sobre la memoria, la percepción y el pensamiento, y que se mostrarán escépticos ante cualquier versión más rotunda de que la lengua determina las categorías o las pautas del pensamiento. Y quizás añadirán que gran parte de la argumentación de Whorf y otros en favor de una versión más extrema y metafísicamente más interesante de la tesis adolece de mala traducción y constituye un círculo vicioso. Por ejemplo, el propio Whorf sostenía que los indios hopis, cuya lengua carece de la categoría gramatical de tiempo, procedían con un concepto radicalmente diferente del tiempo con respecto al modo de actuar los hablantes de lenguas europeas. No obstante, nunca dio pruebas independientes y satisfactorias sobre diferencias de conducta o pautas de pensamiento que justificasen tal aserto. Cabe también la posibilidad de que exagerase la diferencia entre la categoría gramatical de modo en hopi y lo que, según la tradición, se ha considerado tiempo en las lenguas europeas. De manera análoga, la falta de numerales superiores al cuatro en muchas lenguas australianas se ha considerado a menudo como una evidencia sobre la incapacidad de los hablantes de dichas lenguas para operar con el concepto de número. Pero sucede que los aborígenes australianos que aprenden inglés como segunda lengua no hallan dificultad en los numerales y pueden utilizarlos para calcular y realizar operaciones con la misma facilidad

que cualquier hablante medio de inglés (cf. Dixon, 1980: 107). En suma, al parecer, y al margen de las afirmaciones contrarias de los partidarios del determinismo radical, no se ha encontrado todavía una buena razón para desechar el punto de vista más tradicional de que los hablantes de lenguas distintas tienen esencialmente una misma visión del mundo, o un esquema conceptual básico, al menos en lo que concierne a los conceptos más profundos y filosóficamente más interesantes como el tiempo, el espacio, el número, la materia, etc.

Ello no supone, sin embargo, que los hablantes de distintas lenguas tengan la misma visión del mundo con respecto a otros conceptos menos básicos. En efecto, muchos de los conceptos con que actuamos se hallan ligados a la cultura, en el sentido de que para su comprensión dependen del conocimiento, práctico y teórico, socialmente transmitido y de que varían considerablemente de una a otra cultura. Considerense, por ejemplo, conceptos como «honradez», «pecado», «parentesco», «honor», etc. Todo el mundo admite que los conceptos culturalmente dependientes de este tipo resultan, como mínimo, mucho más codificables en unas lenguas que en otras. Los partidarios de la tesis de la relatividad lingüística dirían que muchas de las diferencias de estructura gramatical y léxica que ofrecen las lenguas son tales que hay cosas que pueden decirse en unas lenguas y no en otras. ¿Es esto cierto?

Como hemos visto, a menudo cabe la posibilidad de aumentar la codificabilidad recurriendo a las fuentes del propio sistema lingüístico y construyendo expresiones complejas que, por su frecuente uso en determinados contextos, pueden adquirir en buena medida la misma especificidad de significado que los lexemas. Antes hemos aducido ejemplos como 'nieve polvo', 'nieve primavera', etc., válidos entre esquiadores de habla española. El proceso por el cual se aumenta así la codificabilidad depende de la productividad de los sistemas lingüísticos y de lo que Chomsky ha denominado creatividad regulada (cf. 7.4). Se trata de un proceso que funciona constantemente en el comportamiento lingüístico cotidiano. Muchas expresiones complejas construidas como tales llegan a emplearse más y más ampliamente ('carrera de armamento', 'crisis nerviosa', 'adicción a las drogas', 'oferta y demanda', 'ley del más fuerte', etc.), con lo que al cabo del tiempo el lexicógrafo estima con razón que han entrado en el vocabulario por derecho propio, como si dijéramos. Este proceso constituye un aspecto de lo que hemos aludido anteriormente como extensibilidad y modificabilidad de las lenguas (cf. 1.2). Y hay que subrayar que, aun cuando no pueda decirse que en sus primeras fases ejerza un efecto apreciable sobre el sistema lingüístico, al fin termina por provocar una ampliación de vocabulario. Evidentemente, hemos de rechazar cualquier versión de la tesis de la relatividad lingüística —y, por lo mismo, todo argumento que pretenda refutarla— que vaya en contra de este tipo de extensibilidad y de modificabilidad.

Otra manera de ampliar el propio sistema lingüístico consiste en el préstamo de lexemas a partir de otras lenguas (cf. 6.4). En este contexto, no obstante, merecen un particular interés los llamados calcos de tra-

ducción, entre los cuales destacan los que implican la traducción de las partes constitutivas de una palabra o frase de otra lengua. Por ejemplo, tras quedar más o menos lexicalizada la frase inglesa 'summit conference', ante todo en el uso de diplomáticos y periodistas, gracias al proceso bosquejado en el párrafo anterior, se ha incorporado a muchas otras lenguas a base de una traducción literal: en francés 'conférence au sommet', en alemán 'Gipfelkonferenz', [en español 'conferencia en la cumbre'], etc.

Este ejemplo ilustra otro hecho de gran importancia como es que el calco de traducción se ve facilitado por la existencia de palabras formalmente afines o relacionadas, cuyo significado puede incluso diferir fuera de los contextos creados por el calco mismo. Así, la elección de 'press conference' en inglés, 'conférence de presse' en francés, 'Pressekonferenz' en alemán, ['conferencia de prensa' en español] se debía sin duda a la relación formal con 'coference', siendo las cuatro palabras, diacrónicamente, préstamos léxicos del latín.

Como mostraremos en un apartado posterior, existen también otros tipos más sutiles y menos evidentes de calcos de traducción producidos por contacto cultural (cf. 10.5). Lo que ahora nos interesa señalar es que la capacidad de ampliar el vocabulario de una lengua mediante préstamos y de modificar el significado de palabras y frases ya existentes por medio de calcos de traducción presupone ciertos cambios en la estructura léxica del sistema lingüístico. Una vez admitido esto, queda fácilmente demostrado no sólo que ciertas cosas son más codificables en unas lenguas que en otras, sino también que haya cosas que no pueden decirse en ciertas lenguas simplemente porque no existe en ellas el vocabulario apropiado para decirlas. Por ejemplo, hay miles de lenguas con las que no puede componerse una frase como «Mató a volapié con la muleta baja» por la razón expuesta, mientras que en las demás, a excepción del español, si acaso puede decirse algo así es sólo por préstamo. Modificar el vocabulario por préstamo o por calco de traducción equivale a cambiar la lengua en otra más o menos distinta. Quizá parezca un tanto trivial esto a primera vista, pero, como veremos más abajo, reviste más trascendencia de lo que parece. En efecto, buena parte de lo que se considera traducción normal no es más que un inevitable calco de traducción. Por haberlo pasado por alto se ha robustecido la impresión de que el grado de traductibilidad entre lenguas es muy superior al que hay en realidad (cf. 10.5).

No sólo las diferencias de estructura léxica (entre las que destacan los vacíos léxicos, esto es la ausencia de palabras adecuadas) dificultan y a veces impiden la traducción exacta entre lenguas. Las lenguas pueden ser, y a menudo son, gramaticalmente no isomórficas, o incongruentes, con respecto a categorías semánticamente pertinentes, como el tiempo, el modo, el número, etc. Tal vez todo ello no resulte tan importante, desde un punto de vista filosófico, como pensaban Whorf y sus partidarios, para no mencionar a predecesores suyos, como Trendelenburg, al que hemos citado antes (cf. 8.1). Pero suscita, en todo caso, las mismas consecuencias, en lo que atañe a la traducción, que la incongruencia léxica.

Baste para ello un sencillo ejemplo: estrictamente hablando, es imposible traducir al ruso (y, en rigor, a la mayoría de lenguas del mundo) una frase en español que contenga un artículo definido justamente porque el ruso no gramaticaliza la distinción o las distinciones semánticas que en español se han gramaticalizado por medio de la presencia o ausencia de determinante, por un lado, y por la oposición entre artículo definido e indefinido, por otro. Lo que sucede, en la práctica, es que el traductor omite a menudo toda la información contenida en el artículo definido. Y si no puede recuperarla por el contexto y la estima imprescindible, no tiene más remedio que añadir algo a lo que realmente dice el original. Por ejemplo, podría recurrir a un adjetivo demostrativo con el significado de «este», «ese», «aquel» o lo que sea. En la mayoría de contextos, los adjetivos demostrativos del español y de muchas otras lenguas tienen un significado más específico que el artículo definido.

Podríamos añadir ejemplos aún más notables. Boas (1911), en la introducción tan influyente que escribió para el *Handbook of American Indian Languages* («Guía de las lenguas amerindias»), destacó diferencias tanto léxicas como gramaticales de estructura. (Incidentalmente, fue él quien utilizó precisamente allí el ejemplo sobre la existencia de distintas palabras para la nieve en esquimal que tantas veces se ha repetido en los manuales y en debates sobre lengua y cultura. El mismo tiene otros ejemplos igualmente persuasivos sobre relevantes diferencias de estructura léxica.) En cuanto a las diferencias gramaticales, tomó la oración simple del inglés 'The man is sick', «El hombre está enfermo», y demostró que su traducción a tres distintas lenguas amerindias (kwakiutl, esquimal y ponca) exigirían un cierto añadido de información (distinta, por lo demás, para cada lengua) inédita en el original: por ejemplo, para indicar, con la elección de una determinada categoría gramatical en oposición a otra, si la persona a que se refiere en el enunciado es visible para el hablante o no, si está acostado, sentado o en movimiento, y así sucesivamente; o incluso para indicar si el propio hablante puede garantizar la información porque ha presenciado los hechos o si habla tan sólo de oídas.<sup>1</sup>

Siguiendo a Boas, muchos otros lingüistas, entre ellos Sapir y Whorf en algunas de sus publicaciones, han señalado el mismo principio y han mostrado su validez de un modo hartamente convincente. Lo que, en cambio, no se ha comprobado es que exista correspondencia entre diferencias de estructura gramatical y diferencias de mentalidad entre hablantes de lenguas gramati-

1. [En rigor, no puede traducirse ninguna de las cinco palabras del original (especialmente si aparecen entre comillas simples: cf. 2.3), ni siquiera al español, salvo, tal vez, 'man', que se corresponde bastante bien con 'hombre'. La traducción de 'the' y 'is' por 'el' y 'está', respectivamente (y no, pongamos, 'las' y 'es' o 'sea'), depende de exigencias estructurales del español. En cuanto a 'sick', cabría traducirlo también por 'mareado' (y aun 'loco'). No queda excluida, por tanto, una traducción global de ('The) man is sick' a base de algo así como 'El género humano (¿consabido?) tiene arcadas'.]

calmente distintas. Aceptando esta importante restricción e insistiendo debidamente en ella, hemos de condescender, a la vista de las pruebas presentes, ante una versión modificada de la tesis de la relatividad lingüística.

Como en este capítulo nos ocupamos primordialmente de la lengua y la cultura, conviene añadir que de ningún modo pueden todas las diferencias léxicas y gramaticales de las lenguas atribuirse plausiblemente a diferencias presentes, o incluso pasadas, de tipo cultural entre los respectivos hablantes. La traductibilidad puede dilucidar si hay o no diferencias correlativas de cultura entre dos comunidades lingüísticas. Por ejemplo, sería difícil de justificar la idea de que la presencia o ausencia de artículo definido (cf. en español y en ruso) corre parejas con alguna característica cultural apreciable. Pero, no obstante, existen muchas diferencias de estructura tanto léxica como gramatical que sí pueden hallarse en correlación con ciertas diferencias de las culturas a las que se asocian las lenguas respectivas. En los dos apartados siguientes ilustraremos esta cuestión a base de dos ejemplos un tanto distintos, con lo que nos encontraremos en mejor disposición para evaluar el papel que desempeña el componente cultural a la hora de determinar la estructura de las lenguas.

### 10.3 Los términos de color

Por diversas razones, conviene examinar el vocabulario del color en relación con la tesis de la relatividad lingüística. Hasta hace poco, constituía el dominio predilecto al que los estructuralistas apelaban para demostrar que las lenguas humanas no son léxicamente isomórficas. La demostración es tanto más fácil, y más notable su efecto, por cuanto no hay dificultad en aislar el significado puramente descriptivo de los términos de color con respecto de su significado expresivo y social. Además, los significados descriptivos parecen guardar relación con el mundo físico de la experiencia cotidiana, en términos de denotación, de una manera mucho más simple que el de los lexemas de otros campos semánticos (cf. 5.3). De ahí también que los psicólogos eligieran el vocabulario del color, en la década de 1950 a 1960, para investigar la hipótesis de Sapir-Whorf (cf. 10.2).

El espectro cromático constituye un continuo físico. Y asimismo un continuo visual, en el sentido de que cada color distinguible va transformándose poco a poco y, en los límites de la discriminación visual, imperceptiblemente en sus adyacentes. Por ejemplo, el azul se desvanece gradual e imperceptiblemente, en este sentido, en el verde; el verde en el amarillo, y así todos los demás. Presumiblemente, todas las lenguas proporcionan a sus usuarios palabras que permiten aludir a determinadas regiones de este continuo visual: en español, mediante términos de colores básicos como 'negro', 'blanco', 'rojo', 'verde', 'azul', 'pardo', etc., y otros para colores no básicos como 'turquesa', 'carmin', 'cobrizo', etc. Desde luego, queda en pie la dis-

cusión sobre qué términos han de considerarse de colores básicos y qué otros de colores no básicos o secundarios, pues existen diversos criterios posibles de elucidación. Por ejemplo, 'naranja', por su asociación con el color del fruto podría considerarse término de color no básico, sobre todo si se compara con 'limón' o 'albaricoque', pongo por caso. En cambio, otros criterios —entre ellos, la frecuencia de uso como término de color y la familiaridad que tiene entre la media de hablantes en la comunidad lingüística— nos llevarían evidentemente a concluir que 'naranja' sí es término de color básico en español. Y cabe aún la posibilidad de que en virtud de otros posibles criterios haya lenguas sin ningún término básico de color. No obstante, la mayor parte de las lenguas sí los tienen y, al menos de una manera global, no es difícil averiguar cuáles son en cada caso. Concedamos, por consiguiente, que cabe establecer una distinción entre colores básicos y no básicos en la terminología cromática.

Es bien sabido que las lenguas difieren en cuanto al número de términos para los colores básicos. Y también que, con independencia de ello, la traducción palabra por palabra de los términos de color entre lenguas a menudo resulta imposible, debido a que no hay en una lengua una palabra que se corresponda con exactitud a otra palabra de otra lengua. Por ejemplo, no hay en francés ninguna palabra que coincida plenamente con 'brown', «pardo», en inglés; no hay una palabra única en ruso, español o italiano que se corresponda con 'blue', «azul»; tampoco hay otra en húngaro equivalente a 'red', «rojo», y así sucesivamente.<sup>2</sup> Hasta la década de 1960 a 1970 se citaban hechos de esta índole para poner de manifiesto no sólo la incongruencia estructural o la falta de isomorfismo entre distintos sistemas léxicos, sino también la arbitrariedad de las divisiones que cada sistema lingüístico impone dentro de lo que se reconoce como un continuo físico y visual (esto es, psicofísico).

Como en la actualidad existen ciertas razones para dudar de la arbitrariedad de estas divisorias, conviene asimismo subrayar que la incongruencia estructural de los vocabularios de cada lengua con respecto a los términos de colores básico tampoco ha quedado refutada y ni siquiera puesta en entredicho. Por ejemplo, la oración 'Mi color favorito es el azul' no puede traducirse al ruso (en cualquiera de los sentidos habituales atribuibles a 'traducir') a menos que se decida arbitrariamente entre 'siniï' o bien 'golubói', aproximada y respectivamente, «azul oscuro» y «azul claro». En la práctica, los traductores se ven forzados a frecuentes decisiones arbitrarias de este tipo, y la verdad es que en general ello no entraña graves consecuencias. Solemos concebir la traducción como un proceso que mantiene constante al

2. ['Brown' vale también para 'moreno' o 'bronceado' si se trata de la piel humana curtida por el sol. 'Blue' invade, a su vez, la zona de lo 'amorado'. Todo ello al margen de contextualizaciones más restrictivas, como 'brown paper', «papel de estraza», 'blue joke', «chiste verde». etc.]

menos el contenido proposicional de lo que se dice [en el texto de partida]. Pero una buena parte de la traducción habitual no lo hace así, ni puede, dada su peculiar naturaleza.

En 1969, Berlin y Kay publicaron un importante libro, *Basic Color Terms* («Términos básicos de color»), en el que presentaron pruebas en favor de que las similitudes y diferencias de las lenguas con respecto al modo de distribuir el espectro cromático no son tan arbitrarias como se había supuesto en un principio. En primer lugar, llamaron la atención sobre la conveniencia de atender a lo que dieron en llamar el significado focal de un término en contraste con su significado periférico. En cuanto a los términos de color, cabe la posibilidad de precisar su significado focal pidiendo a los hablantes que señalen sobre un catálogo de colores aquella parte que considerarían un buen ejemplo del color en cuestión. Resulta, procediendo así, que hay una gran concurrencia entre los hablantes nativos sobre el significado focal de los términos de los colores básicos en la lengua respectiva, mientras que por el contrario, puede haber grandes dificultades a la hora de determinar por dónde pasa la frontera entre dos términos, e incluso discrepancias entre ellos ante la propuesta de situar una frontera en un determinado punto del continuo. Por ejemplo, los hablantes de inglés pueden sentirse incapaces de llegar a un acuerdo sobre la frontera entre el azul y el verde ante un catálogo cromático (o incluso en la aplicación de las palabras 'blue', «azul», y 'green', «verde», en la vida cotidiana). Pero no hallan dificultad alguna en declarar qué es lo típica, o focalmente, azul o verde. Hasta aquí, lo que Berlin y Kay descubrieron guarda perfecta coherencia con la idea, anteriormente sostenida por la mayoría de estructuralistas, de que cada lengua impone sus propias divisiones arbitrarias sobre el continuo cromático.

Ahora bien, aquellos autores descubrieron también que las distintas lenguas tienden a coincidir en las regiones focales de determinados términos de colores básicos y que esto es válido independientemente del número de términos de color contenidos en cada sistema. Por ejemplo, no sólo coincide la región focal del inglés 'red', el francés 'rouge' [y el español 'rojo'] (suponiendo que estas lenguas tengan el mismo número de términos de colores básicos), sino que puede haber una lengua con menos términos análogos que presente, en cambio, uno con una región focal coincidente también con la de 'red' y sus congéneres en francés [y español]. Más sorprendente resulta aún el hecho —si es que se trata de un hecho— de que existe una cierta ordenación o una jerarquía universal entre los términos de colores que caben en cada lengua. Por ejemplo, toda lengua que disponga sólo de tres términos de color será de tal modo que éstos tendrán focos correspondientes a 'negro', 'blanco' y 'rojo'; toda lengua dotada de seis términos de color añadirá, a los tres focos mencionados, los de 'verde', 'amarillo' y 'azul'. Se dice que el foco del séptimo término de color en un sistema de siete términos sería el correspondiente al inglés 'brown', «pardo». (Como se ha indicado antes, el francés carece de una palabra única equivalente a 'brown', aun cuando cabe admitir que 'brun', con restricciones contextuales, y cada vez más 'marrón' parecen denotar la región focal de 'brown'.) Detrás vienen el púrpura, el rosa, el na-

ranja y el gris, pero sin una ordenación precisa en el conjunto, con lo que un sistema de ocho términos podría contener el púrpura, otro el rosa, y así sucesivamente.

La hipótesis de Berlin y Kay ha suscitado una gran controversia a propósito de su fundamento experimental. Pero hasta el presente, y al margen de detalles que aquí hemos omitido, se ha mantenido incólume ante nuevas comprobaciones empíricas. Dos aspectos es menester mencionar atinentes a la hipótesis y asimismo pertinentes para la tesis de la relatividad y la relación entre lengua y cultura.

El primero de ellos es que, pese a que cabe una subestructura universal en el vocabulario del color, es evidente que no hay también una superestructura. La diferencia entre lenguas con un sistema relativamente rico en términos de colores básicos y lenguas con un sistema relativamente pobre permanece en pie. Por lo demás, una evidencia como la de que existe una cierta ordenación universal en la formación de posibles términos de colores básicos se circunscribe, a lo sumo, a las seis o siete denominaciones cromáticas más comunes. Aun en el supuesto de que estas regiones cromáticas, o más exactamente sus focos respectivos, sean sensorialmente preeminentes para los seres humanos en virtud, al menos en parte, de su diseño neurofisiológico, lo cierto es que también hay otras regiones no universales ni tan preeminentes para la percepción en el continuo cromático que igualmente reciben un reconocimiento léxico y se integran totalmente, en cada lengua, en el seno del vocabulario del color junto con las regiones más sobresalientes. De los tratados y discusiones de los antropólogos, en relación o no con la hipótesis de Berlin-Kay, se infiere con claridad que la preeminencia tanto cultural como sensorial, esto es, biológicamente condicionada, desempeña una función decisiva en la identificación de los términos de color; y, como hemos visto, lo biológico y lo cultural son, por lo común, interdependientes en la adquisición de la lengua (cf. 8.4). Finalmente, son muchos los usos cotidianos de los términos de color —y no sólo los más claramente simbólicos (el blanco para la pureza, el rojo para el peligro, el negro para el duelo, etc.)—, que dependen de la cultura, en el sentido de que no pueden aprenderse sin aprender al mismo tiempo su pertinente significación social. La importancia de todo ello ha sido subestimada por muchos lingüistas, psicólogos y filósofos que han intervenido en discusiones sobre la hipótesis de Berlin-Kay. Y lo que se observa en el vocabulario del color parece igualmente válido para cualquier otro dominio léxico que se escoja. Si acaso existe una subestructura de distinciones semánticas en él, habrá también una superestructura no universal, quizá mucho más extensa, y culturalmente dependiente.

El segundo aspecto se refiere a la noción de las regiones focales, o focos. Aun cuando hemos hablado del color como un continuo visual, también hemos comprobado que en un sentido muy determinante puede decirse que no es así. Los seres humanos tienen una configuración (como el resto de los animales) apta para responder neurofisiológicamente a determinados estímulos y no a otros. Aquí puede encontrarse, al menos en parte, el fundamento

para la especial preeminencia de unos focos cromáticos y su universalidad (cf. Clark & Clark, 1977: 526 y ss.). Dichos focos actúan como puntos de referencia a partir de los cuales estructuramos el resto del continuo físico, en la medida en que imponemos efectivamente alguna estructura sobre él. Y sirven además de prototipos en la adquisición de los términos de color. Por ejemplo, aprendemos el significado de 'rojo' asociándole en primer lugar su foco y luego ampliando su denotación hacia fuera sobre una región más o menos indeterminada. Ahora bien, el significado prototípico o focal de 'rojo' continúa funcionando como un punto de apoyo en el futuro. De ahí que tendamos a asociarlo con algo que nos resulte familiar en nuestro ambiente habitual: por ejemplo, el 'rojo' puede definirse prototípicamente en este sentido con referencia a la sangre o al fuego (como hacen en realidad muchos diccionarios). Y, otra vez, lo dicho para los términos de color vale también para el vocabulario en general. El mundo de la experiencia no se nos presenta en sí mismo como un continuo indiferenciado. Como hemos visto en un capítulo anterior, nosotros lo categorizamos, al menos hasta cierto punto, mediante lo que tradicionalmente se llamaban tipos naturales (cf. 5.3).

También hemos visto, primero, que la mayoría de lexemas en todas las lenguas no denotan tipos naturales; y segundo, que la denotación de aquellos que sí lo hacen precisa de un soporte cultural para ello. El que las sustancias sean tipos naturales en virtud de su composición física (p. ej., la sal) o especies biológicas en virtud de su capacidad para alimentarse y reproducirse (p. ej., los tigres) carece de importancia, en lo que atañe a la estructura de la lengua, a menos que estas sustancias y especies reciban un reconocimiento cultural como tales. En la bibliografía reciente, tanto en semántica filosófica como en psicolingüística y sociolingüística, se ha llamado mucho la atención hacia el papel de los prototipos culturalmente establecidos para definir el significado de las palabras tanto si denotan tipos naturales, en el sentido tradicional del término, como si no.

#### 10.4 Los pronombres de tratamiento

En este apartado nos ocuparemos de un fenómeno que ha merecido un enorme interés por parte de lingüistas y otros estudiosos tanto por sí mismo como en el ámbito más amplio de las distinciones culturalmente determinadas en las lenguas. Lo he colocado aquí porque, al menos a primera vista, el tipo de significado, social y expresivo, al que nos referiremos contrasta nitidamente con el significado descriptivo de los términos de color.

En la mayor parte de las lenguas europeas, si bien no en inglés estándar (tal como se utiliza por la mayoría de grupos para la mayoría de cometidos), hay una distinción entre lo que convencionalmente se denominan pronombres de tratamiento de familiaridad y de respeto: en francés 'vous' : 'tu', en alemán 'Sie' : 'du', en italiano 'lei' : 'tu', en ruso 'vy' : 'ty', en español 'us-

ted' : 'tú', etc. Los orígenes de esta distinción son inciertos. Se dice, no obstante, que se inició en el latín durante el último periodo del Imperio Romano o a comienzos de la Edad Media y que luego se incorporaría, en épocas diversas, a las demás lenguas. Dada la actual distribución por la mayor parte de lenguas europeas, se advierte con claridad un proceso de préstamo. De hecho, se trata de un préstamo en diferentes planos, pues no siempre se tomó directamente del propio latín, y con los siglos hubo lenguas con esa distinción que han experimentado la influencia de otras que también la tenían. Aquí, como casi siempre, nos encontramos con que el préstamo se debe a la difusión cultural (cf. 10.5). Para nuestro propósito y de acuerdo con una práctica común en la actualidad, nos referiremos a los pronombres de familiaridad y de respeto, al margen de la lengua que se considere, a base de las letras T y V, respectivamente.

Los psicólogos sociales han investigado el empleo de T y V a partir de los conceptos de poder y solidaridad, por un lado, y de tratamiento recíproco y no recíproco, por otro. En términos generales, podemos decir que el tratamiento no recíproco indica una diferencia reconocida de rango. En las sociedades donde existe un tratamiento no recíproco, una persona socialmente superior o, en todo caso, más poderosa utilizará T para sus inferiores, mientras éstos utilizarán V para él. Ahora bien, el tratamiento no recíproco se ha venido debilitando en la mayoría de lenguas europeas desde el pasado siglo, excepto entre adultos y niños que no son miembros de la misma familia y en uno o dos casos especiales más. Esto se explica históricamente, en parte por la propagación de actitudes más igualitarias o democráticas en las sociedades occidentales, y en parte por la importancia creciente del factor de la solidaridad, marcado no sólo por el tratamiento recíproco como tal, sino, más en particular, por el uso recíproco de T. En muchos países de Europa, y especialmente en Francia, el uso recíproco de T entre colegas y conocidos ha crecido enormemente durante los últimos años y en todos los niveles sociales, pero sobre todo entre los jóvenes y los partidarios de opciones políticas más liberales o de izquierda. Hoy en día es extremadamente raro, por ejemplo, que los maridos y sus esposas empleen V entre sí o que haya tratamiento no recíproco entre padres e hijos. No obstante, esto era lo normal entre las familias francesas de clase alta en tiempos pasados, y aun constituye una práctica no totalmente desaparecida.

Conviene subrayar que estas generalizaciones sobre el paso gradual del poder a la solidaridad, como factor dominante para el cambio que ha tenido lugar en el empleo de T/V en las lenguas europeas durante los últimos cien años aproximadamente, son de naturaleza estadística. Desde luego, no cabe predecir con toda seguridad si dos personas dadas utilizarán T o V en una situación también dada a partir tan sólo de una información sobre su clase social, sexo, afinidades políticas, etc. Existen asimismo diferencias, dentro de lo que aparecen como grupos sociales comparables en distintos países de Europa, con respecto a la libertad de uso de T. Sin embargo, el cambio descrito más arriba se ha producido indudablemente en momentos más o menos diferentes y a un ritmo también diferente.

Hemos elegido este ejemplo para ilustrar el hecho de que hay, o puede haber, tanto sincrónica como diacrónicamente, una correlación entre la estructura social y, no sólo el vocabulario, sino también la estructura gramatical de las lenguas. Esta correlación resulta mucho más extensa en otras lenguas, como en japonés, hindi o javanés, que en las propiamente europeas. Pero vale la pena advertir que en italiano y en español, frente a lo que ocurre, digamos, en francés, alemán o ruso, hay en ciertas construcciones gramaticales una distinción de imperativo/subjuntivo junto con la distinción T/V; que en algunos dialectos de la Italia meridional aparece aún otra distinción dentro de V, como si dijéramos, entre 'lei' y 'voi'; que en algunas de las lenguas con distinción T/V, pero no en todas, hay otra distinción añadida e independiente de singular/plural, y así sucesivamente.<sup>3</sup> Y cuando se pasa a establecer el significado de T o V en una determinada lengua, es forzoso tener en cuenta más detalles sobre la estructura social y las funciones sociales de lo que comprenden las nociones globales de poder y solidaridad. Hay que dar incluso información sobre la interpretación de T/V en la estructura gramatical de cada lengua y su empleo con o sin títulos, nombres, apelativos y otras fórmulas de tratamiento. A pesar de todo, el sentido general está bien claro: el significado social y expresivo de T y V depende sin duda de la cultura y constituye, por tanto, un conocimiento socialmente adquirido. Práctico, por lo demás, y no proposicional o teórico, pues entra en el ámbito de la destreza para el desenvolvimiento social.

Puede haber ciertas diferencias de significado entre T y V de una o otra lengua. Una prueba más bien curiosa de ello puede hallarse en la literatura rusa del siglo pasado, especialmente en las novelas de Tolstoy (cf. Friedrich, 1968). Lo cierto es que había una diglosia en esta época entre los miembros de la aristocracia rusa, donde el francés era la lengua A y el ruso la lengua B (cf. 9.4). Cuando hablaban francés entre sí, utilizaban recíprocamente V, cualesquiera que fuesen los lazos de parentesco o amistad entre los interlocutores. A este respecto, imitaban el tratamiento de la clase alta francesa del mismo período. Pero cuando hablaban en ruso, empleaban T o V, recíprocamente entre sí y no recíprocamente con sus inferiores sociales o subordinados. El tratamiento recíproco estaba determinado por factores tanto de largo como de corto alcance. El factor de largo alcance consistía en lo que se ha identificado, de un modo global, como solidaridad, basada en el parentesco, la amistad, el matrimonio, etc. Como consecuencia de ello tanto los hombres como las mujeres se encontraban o no en términos de T con cada uno de sus conocidos. El factor de corto alcance dependía del talante o la emoción del momento: el ruso, en contraste con el francés, por ejemplo, permitía fácilmente el paso desde el T del largo alcance de la solidaridad a un V de 'corto alcance, tremendamente significativo, de cólera y desdén; e incluso, aunque no nos interese eso aquí, permitía que una solidaridad de corto alcance des-

3. [Cf. 9.2, nota 3.]

truyera las barreras sociales, como si dijéramos, en ciertos momentos de emoción culminante y triunfara sobre el modelo de tratamiento no recíproco y de largo alcance.

Tolstoy era bien consciente de las diferencias contenidas en la distinción T/V en ruso y en francés, tal como se aplicaban al habla de la clase a que pertenecía. No sólo vino a respetar estas diferencias en sus obras, sino que en ciertas ocasiones llama la atención del lector sobre ello. La razón era que, especialmente en sus últimas novelas, gran parte de la conversación, si bien escrita en ruso en el original, debía entenderse como si se hubiese sostenido en francés. Normalmente es posible, a juzgar por la evidencia interna, junto con el propio conocimiento de las variables sociolingüísticas, deducir si una determinada parte del texto se ha compuesto como para representar el francés o no. Una de las claves consiste en el pronombre de tratamiento empleado. Por ejemplo, en *Ana Karenina*, y en diálogos entre alguno de los principales personajes, una forma T constituye (con sólo un par de excepciones explicables por el contexto) una indicación segura de que se está hablando en ruso (cf. Lyons, 1980). En cambio, el empleo de una forma V no implica por sí mismo que la conversación haya de entenderse como si fuese en francés. En primer lugar, no todos los personajes principales se relacionan entre sí en términos de T. Y en segundo, no sólo tienen lugar transferencias que indican un cambio de largo alcance de V a T en momentos reconocibles y muy significativos, sino también, como se ha mencionado más arriba, pueden tener lugar cambios de T a V durante las riñas sostenidas en ruso, de modo que la reconciliación o el enternecimiento quedan indicados por la vuelta a T.

Los rusos de la clase a la que pertenecía Tolstoy, y para los que escribió durante dicho período, respondían a estas claves más o menos automáticamente. Eran bilingües en ruso y en francés y, por lo que concierne a la distinción T/V empleaban dos sistemas distintos e incongruentes en sus vidas cotidianas, de manera que, sabiendo si una forma V del texto tenía el significado del francés V o del ruso V, respondían sin vacilar y en buena parte inconscientemente a los casos en que había una transición de V a T en ruso o viceversa. Muchas de estas transiciones revisten gran importancia, y algunas, no todas, quedan explícitamente anotadas como tales por el autor. Los lectores actuales de la obra perderán mucho de ella a menos que adquieran la sensibilidad de reaccionar adecuadamente, tal como lo hacían hablando en ruso los propios contemporáneos de Tolstoy.

Bien, pues, quien lea una traducción al inglés [donde no hay, ni de lejos, nada equivalente] no puede evitar la omisión de tan importantes transiciones, puesto que no hay modo de expresarlas en inglés, como no sea a base de un forzado 'thou' : 'you', en lugar de T : V, sin otra posible cualificación en todo el texto.<sup>4</sup> Pero esto difícilmente podría admitirse como traducción. Ni siquiera

4. [La forma 'thou' para «tú» es arcaica y sólo se emplea en contextos poéticos o bíblicos muy restringidos. Fuera de ellos, 'you' equivale a «tú», «usted», «vosotros», «vosotras», «ustedes».]

ra cabría conseguir un efecto equivalente incorporando formas cariñosas u otras expresiones de tratamiento como nombres de pila. De vez en cuando, así se procede en las traducciones al inglés estándar. Pero no es difícil demostrar que fracasan en el empeño (cf. Lyons, 1980).

Podría pensarse que una traducción al francés solventaría mejor el problema, y en cierto modo así es, con tal de invertir lo que hizo el propio Tolstoy. Ahora bien, mientras el lector ruso de la época de Tolstoy era bilingüe en ruso y en francés, el lector medio francés no suele serlo. Y quien lee una traducción que emplee 'vous' metódicamente para el ruso 'vy' y 'tu' para 'ty' ha de interpretar algunos de los pronombres a partir del sistema del ruso y otros a partir de un francés bien distinto, no del actual, sino del de hace unos cien años. Desde luego, no es necesario que sea bilingüe, pero sí ha de ser, en un grado suficiente y en varios aspectos pertinentes, bicultural.

Éste es el objeto del ejemplo. La inmensa mayoría de lenguas, si no todas, ofrece distinciones de estructura gramatical o léxica que determinan un significado en virtud de su correlación con distinciones funcionales de la cultura, o subcultura, dentro de la cual se emplea cada lengua. El significado suele ser, si bien no necesariamente, social y expresivo, no descriptivo. Y lo que se ha dicho en el apartado anterior sobre la combinación de una subestructura presuntamente universal con una superestructura culturalmente dependiente y no universal resulta también válido con respecto a este tipo de significado. Como hemos visto, la distinción T/V en ruso difiere de la distinción T/V en francés. Pero la diferencia en cuestión sólo puede transmitirse, a lo sumo hasta cierto punto, a quienes no saben ni ruso ni francés apelando a nociones muy generales, si no universales, que guardan relación con el rango social, el parentesco, el amor, la amistad, etc. De un modo muy semejante proceden los antropólogos, los sociolingüistas y críticos literarios para describir, más o menos adecuadamente, el significado de expresiones exóticas y culturalmente dependientes de otra lengua. En el próximo apartado volveremos a este asunto y lo generalizaremos. Aquí, no obstante, conviene destacar que la habilidad para transmitir una distinción gramatical o léxica culturalmente dependiente de un modo más o menos satisfactorio y por medio de otra lengua que carezca de un recurso equivalente no implica que dicha distinción pueda representarse en una traducción. Las aclaraciones metalingüísticas no deben confundirse con la traducción.<sup>5</sup>

5. Actualmente suele emplearse el término 'metalingüístico' con el significado de «perteneciente a la descripción o al análisis del lenguaje o de una lengua» (cf. 'metalengua': 5-6). También lo han empleado los estructuralistas post-bloomfieldianos con referencia al estudio de las lenguas en sus contextos culturales. Ambos sentidos son pertinentes aquí.

## 10.5 Imbricación y difusión cultural y traductibilidad

A lo largo de todo el capítulo, y en realidad del libro entero, hemos expuesto y ejemplificado la idea de que la lengua es un fenómeno tanto biológico como cultural. Cada lengua, al parecer, presenta una subestructura universal, sin duda en la gramática y en el vocabulario, y quizá también en la fonología, y una superestructura no universal, que no sólo se asienta sobre aquella subestructura, sino que se engasta totalmente en ella.

La subestructura universal viene determinada, en parte, por las facultades cognoscitivas genéticamente transmitidas de la mente humana y, en un plano no inferior, por impulsos y apetitos humanos genéticamente determinados; y, en parte, por la interacción de estos factores cognoscitivos y no cognoscitivos biológicamente determinados con el mundo físico tal como éste se presenta a los seres humanos. Hasta el presente no hay certeza sobre si existe también una facultad para la adquisición lingüística (cf. 8.4). Sin embargo, el proceso de la adquisición de la lengua es tal, que la transmisión biológica de lo universal también depende, para ser efectiva, del proceso de la transmisión cultural.

En cuanto a la superestructura no universal de las lenguas, no hay duda de que se trata sobre todo de una transmisión cultural, en dos sentidos diferentes. En efecto, no sólo se transmite esta parte de la competencia de una a otra generación por medio de las instituciones de una determinada sociedad, sino que lo transmitido constituye además un componente importante en la cultura de dicha sociedad. Si la competencia en una lengua dada implica la capacidad de producir y comprender oraciones de esta lengua, entonces ella misma forma inquestionablemente parte de la cultura, es un conocimiento social (cf. 10.1), puesto que gran parte del significado de las expresiones, tanto descriptivo como expresivo y social, es no universal y culturalmente dependiente. Esto guarda relación con los dos ejemplos tan dispares de los apartados anteriores. Como también la guarda, desde luego, la afirmación no menos importante de que, aun cuando resulte quizás imposible transferir todas las oraciones de una lengua a todas las oraciones de otra lengua sin distorsiones ni componendas improvisadas, por lo común cabe la posibilidad de conseguir que aun alguien que ignore la lengua y la cultura de un texto original se haga una idea más o menos satisfactoria incluso sobre expresiones culturalmente dependientes que se resisten a ser traducidas a la lengua que le es familiar.

Esto es posible porque, entre dos sociedades cualesquiera, existe un grado más o menos grande de imbricación cultural. En un extremo, acaso no sea mayor del que se desprende de lo culturalmente universal, por la propia naturaleza biológica del hombre y por las similitudes globales de medio ambiente que hay en todo el mundo habitable. Pero por diversas razones, entre ellas por lo que los antropólogos denominan *difusión cultural*, este grado de imbricación no es de ninguna manera mínimo. En general, la traductibilidad está en función del grado de imbricación cultural. Ahora bien, como hemos visto en el ejemplo sobre los pronombres de trata-

miento en ruso y en francés en la obra de Tolstoy, aunque éstos no se dejen traducir satisfactoriamente al español, no hay gran dificultad en describir su empleo a los hablantes monolingües de español recurriendo a nociones bastante generales que convienen también, salvo en diferencias de detalle, a la descripción de nuestra propia cultura.

Lo mismo se hubiera podido decir, en conexión con los pronombres de tratamiento, sobre ciertas lenguas que disponen de una abundante colección de términos honoríficos (p. ej., javanés, coreano, thai y muchas otras del sudeste de Asia), o sobre aquéllas que, como el japonés, tienen igualmente pronombres honoríficos, aun cuando hagan más uso de nombres de familia y títulos que de los pronombres mismos. A primera vista, todo esto parece muy distante de lo que cabe encontrar en las comunidades de habla hispana. Pero los parámetros culturales que determinan el tratamiento no recíproco —superioridad social, edad, parentesco, sexo, etc.—, también funcionan en nuestra propia cultura, aunque en un grado más limitado y sin repercutir tanto en la estructura gramatical y el vocabulario del español. Por ejemplo, no sólo está determinado el empleo de apelativos recíprocos y no recíprocos y de títulos, en muchas sociedades de habla española, por los mismos factores, sino que hay incluso circunstancias en que (como sucede aún más en japonés) sólo el superior, pero no el inferior, puede referirse a sí mismo por medio del propio apelativo o título por el que es tratado (cf. el uso de 'papá', 'mamá' o 'señorita': *¿No te ha dicho papá/mamá/la señorita que guardases los libros?*). Es esta suerte de imbricación cultural, y en la medida en que se dé, lo que nos permite comprender, de la forma que sea, las descripciones de estructura semántica de otras lenguas que aparecen en la bibliografía sociolingüística y antropológica (cf. Hymes, 1964). Sería erróneo suponer, sin embargo, que la comprensión general de la estructura semántica de otras lenguas así aprehensible va más allá de un conocimiento superficial. La comprensión plena de los diversos tipos de significado codificados en la gramática y el vocabulario de una lengua sólo se produce junto con la comprensión también plena de la cultura, o culturas, en que se desenvuelve la lengua en cuestión.

Todo ello es un simple lugar común, no sólo en sociolingüística y etnolingüística, sino también en crítica literaria. Incluso el estudio en nuestros colegios y universidades de lenguas foráneas —consideradas sin excepción lenguas de cultura (cf. 10.1, para este término) en el sentido más estrecho de 'cultura'— se justifica tradicionalmente por motivos esencialmente iguales. Cada lengua va históricamente asociada a una o varias culturas determinadas; las lenguas proporcionan las claves para asimilar la cultura respectiva, y en especial la literatura; las lenguas no pueden captarse por sí mismas fuera del contexto de las culturas en que se insertan inextricablemente; de ahí que lengua y cultura se estudien conjuntamente. El argumento no puede ponerse en duda como formulación de un principio general. Desde luego, es discutible que los objetivos y métodos más tradicionales de la enseñanza de lenguas se basaban en una concepción suficientemente amplia de cultura. Pero esto es, en todo caso, un asunto diferente. El aprendi-

zaje de lenguas puede y debe ponerse en conexión con determinados propósitos, entre ellos el de adentrarse y participar cuanto sea posible en una cultura distinta de aquella en que uno ha crecido y se ha formado.

Algunos aspectos de la interdependencia entre lengua y cultura no han recibido un reconocimiento tan cabal como sería de esperar. Uno de ellos, muy pertinente para la traductibilidad, se refiere al grado en que la difusión cultural reduce, y a veces suprime, las diferencias semánticas entre las lenguas. Hemos mencionado ya las consecuencias lingüísticas más evidentes de la difusión cultural: el préstamo y el calco de traducción (cf. 10.2). Ahora nos interesa un tipo menos evidente de calco de traducción: un fenómeno que no suele reconocerse como tal, por cuanto a menudo es difícil de distinguir, por un lado, de la traducción corriente y, por otro, de la creatividad en el uso de la lengua, la cual, aunque puede escapar a lo regular, entra perfectamente en el ámbito de la competencia lingüística del hablante ordinario.

Supongamos, por ejemplo, que traducimos al español un texto en griego clásico y que nos encontramos con la palabra 'sophía'. Lo convencional sería traducirla por 'sabiduría', lo que, por cierto, conviene satisfactoriamente a la mayoría de contextos. Por ejemplo, imaginemos que una oración que contenga el adjetivo 'sophós', relacionado sintácticamente y semánticamente con 'sophía' como 'sabio' lo está con 'sabiduría', aparece en el texto de un autor como Platón y que se expresa en español a base de 'Homero fue más sabio que Hesíodo'. Fuera de contexto, alguien carente de un buen conocimiento de griego o falta de información suficiente sobre el trasfondo social y cultural en que se escribió la frase, podría interpretar aquella afirmación como si 'sabio' se emplease con el mismo sentido que, pongamos, en 'Quevedo fue más sabio que Villegas'. Pero, ¿es así realmente? Fuera de contexto la respuesta es incierta, pues 'sophía' cubre indudablemente lo que en español actual comprende el significado de 'sabiduría' y, por tanto, viene a ser la palabra con mejor equivalencia. Pero 'sophía' y 'sabiduría' no tienen el mismo ámbito de significado: En muchos contextos, la mejor traducción al español de aquella oración griega sería 'Homero es mejor poeta que Hesíodo'. Y, en rigor, parece realmente que esto se ajusta al máximo a lo que el griego quiere decir cuando emplea 'sophós' en su sentido prototípico. Si un zapatero o un carpintero trabajan con primor se hacen acreedores a 'sophós' tan prontamente como un doctor, un poeta o un estadista, en caso de merecerlo. Cabría argüir que no es posible ser buen estadista, y posiblemente tampoco buen doctor, sin ser sabio, pero lo cierto es que lo que suele denominarse 'sabiduría' en español tampoco es ciertamente un atributo esencial del buen zapatero, carpintero o poeta.

Ahora bien, la traducción de una a otra lengua no siempre puede respetar los usos normales. Si se traduce uno de los muchos pasajes de los diálogos platónicos en que aparece la pregunta que en español suele formularse a base de «¿Puede enseñarse la virtud?» (en relación con la célebre paradoja socrática «Nadie actúa mal a sabiendas» y con muchas otras tesis igualmente famosas no sólo de la filosofía griega, sino ya de toda la tradición filosófica occidental derivada de aquélla), se verá obligado a utilizar 'sabiduría' por

'sophía' (y 'virtud' o 'bondad', por el griego 'areté') o bien alguna otra palabra que de todos modos resultará inadecuada, en su empleo normal, en muchas de las construcciones en que aparezca. Si no se traduce coherentemente en pasajes así, se desvirtúa la estructura del argumento y los ejemplos utilizados en su favor pierden su pertinencia. En la práctica, esto significa que la traducción se adecúa a un determinado propósito y al conocimiento que sobre sus antecedentes tienen quienes se beneficiarán de ella. De ahí que la llamada traducción literal resulte a veces más apropiada que la traducción libre.

Bien, pero, ¿en qué consiste la traducción literal? En ciertos casos se trata del tipo de traducción que no reajusta las diferencias de simbolismo y metafORIZACIÓN entre las dos lenguas. Muy a menudo, no obstante —como ocurría si se traduce coherentemente 'sophía' a base de 'sabiduría' (y 'areté' por 'virtud') en los pasajes platónicos aludidos más arriba—, es tan sólo el recurso más o menos deliberado al calco de traducción: la diferencia entre significado literal y metafórico, o simbólico, carece de importancia en este ejemplo. Sí comporta, en cambio, una diferencia de contenido descriptivo en las palabras y en los prototipos culturalmente dependientes con que se asocian. En lugar de utilizar la palabra española 'sabiduría' también se podría dejar la forma griega 'sophía' en la traducción al español. Viene a ser lo mismo. Sería incluso muy procedente en una traducción destinada sobre todo a estudiantes hispánicos de filosofía con un conocimiento suficiente de la cultura griega pero no tanto de la lengua como para leer los textos en versión original. Sin embargo, basta una breve reflexión, reforzada si cabe por una pequeña práctica en la traducción, para ver que no sólo es una palabra especial como 'sophía' (o 'areté') lo que crea problemas y desvirtúa la distinción entre calco y traducción normal. El significado de palabras como 'sophía' y 'areté' ha sido extensamente debatido por la importancia filosófica —y, en el sentido más estricto de 'cultura', por la importancia cultural también— de los textos en que aparecen. Por ello, se presta más atención a la necesidad de traducirlas con cuidado.

No faltan ejemplos igualmente evidentes en cualquiera de las otras lenguas clásicas del mundo. Por ejemplo, la palabra sánscrita 'dharma' exige una traducción distinta en contextos diversos: 'deber', 'costumbre', 'ley', 'justicia', etc. Pero su sentido prototípico, en su evolución posterior y como palabra prestada a otras lenguas, depende tanto de la cultura, sobre todo en las sociedades hindúes y budistas, que se ha adoptado así en inglés y otras lenguas europeas. De un modo análogo, se ha tomado en préstamo la palabra 'kismet', «destino», a través del turco y el persa, a partir del árabe, con el que cabría considerar, sumariamente, su significado islámico prototípico. Presumiblemente, estas palabras fueron incorporadas como calcos léxicos porque se sintió que la mera traducción de 'dharma' por 'deber' y 'kismet' por 'hado, o 'destino' desperdiciaba unas implicaciones cruciales culturalmente dependientes. También podrían haberse introducido sin otra modificación palabras griegas como 'sophía', etc., si se hubiese establecido un contacto en una época moderna con una sociedad que hiciese uso de una palabra así y donde,

pongamos por caso, se considerara que la sophía de una persona estuviera determinada, como el dharma en una sociedad hindú, por su casta. Claro que el griego, directa o indirectamente a través del latín, ha ejercido una influencia constante sobre las lenguas de Europa análoga a la que el sánscrito y el árabe han ejercido a lo largo de los siglos sobre muchas lenguas de Asia y Africa.

Los antropólogos se enfrentan con el mismo problema ante lenguas que, contra lo que sucede con el griego, el sánscrito o el árabe, no han servido a escala mundial y durante siglos como vehículo de una importancia cultural reconocida, esto es, como lenguas de cultura en el sentido original que tenía esta expresión. Han de dilucidar si deben tomar alguna palabra directamente de la lengua cuya sociedad describen (como 'taboo', «tabú», se tomó de una lengua polinesia; el tongano, en el siglo XVIII para generalizarse más tarde) o bien utilizar una palabra ya existente, adaptándola más o menos a propósito por medio de un calco de traducción, a fin de describir la sociedad estudiada. En última instancia, no hay ninguna diferencia entre lo que hace el antropólogo, u otra persona, cuando amplía así el significado de las palabras de su propia lengua mediante calcos de traducción y lo que hace el traductor siempre que traduce entre lenguas sin imbricación cultural.

Por lo demás, tampoco hay diferencia, en definitiva, entre estos calcos de traducción más o menos deliberados y el uso que de su lengua hace el nativo cuando amplía, en situaciones inéditas, el significado de las palabras más allá de su sentido prototípico. Por ejemplo, llevando al campo denotativo de 'gorro', 'sombrero', 'bonete' o 'cucurucho' diversos tipos de tocado característicos de una cultura muy diferente de la propia; recurriendo a la denotación de 'barca' al encontrarse por primera vez no sólo ante una canoa, sino también ante un catamarán (tanto si adopta palabras locales como si no); aplicando la palabra 'boda' o 'funeral' a una extensa gama de prácticas rituales que guarden poca similitud con lo que muchos hablantes considerarían, prototípicamente, una boda o un funeral.

Ocurre, pues, que el inglés, y muchas otras lenguas principales de Europa, como hemos subrayado en el capítulo sobre lengua y sociedad, son, en muchos aspectos, muy poco representativas de las lenguas del mundo. El inglés, en particular, ha venido empleándose en la administración de un imperio de gran diversidad cultural. Se habla como lengua nativa entre miembros de muchos grupos étnicos diferentes y adeptos de muchas religiones, entre gentes que habitan en partes muy diversas del mundo. También se emplea abundantemente entre antropólogos, misioneros y autores de todas clases, no sólo en la descripción de todas las sociedades conocidas, sino también en novelas, dramas, etc., que tienen lugar en países y sociedades donde no se habla inglés. Esto indica que el inglés, más que otras lenguas europeas, ha experimentado ampliaciones y cambios por calco de traducción en casi todos los sectores de su vocabulario. Las correlaciones entre la estructura semántica del inglés y las culturas de sus hablantes nativos son, en consecuencia, mucho más complejas y diversas que las correlaciones entre lengua y cultura de la inmensa mayoría de sociedades humanas. Por ello, cualquier

hablante nativo de inglés o de otra lengua europea predominante es también mucho más proclive a pensar que todas las lenguas humanas son traducibles entre sí de lo que alcanzaría a imaginar el hablante de muchísimas otras lenguas. Es importante tener esto muy en cuenta al leer debates teóricos sobre la naturaleza de la lengua con ejemplos tomados exclusivamente de una u otra de las principales lenguas europeas.

Llegamos así al punto final. Los lingüistas suelen proclamar, al menos como hipótesis de trabajo, el principio de que no hay lenguas primitivas, de que todas las lenguas ofrecen una complejidad aproximadamente igual y de que se adaptan igualmente bien a los fines comunicativos para los que se emplean en sus respectivas sociedades (cf. 2.4). Este principio, por sí mismos, no compromete al lingüista a asumir el supuesto de que todas las lenguas son igualmente idóneas para satisfacer todos los objetivos comunicativos. En rigor, como acabamos de ver, hay lenguas que, por su actuación a escala mundial, tienen una flexibilidad y una versatilidad que muchas otras no poseen. Otras lenguas, de alcance mundial o no, van ligadas a una cultura en el sentido más estricto, o clásico, del término (10.1). Sería paradójico, si no absurdo, interpretar el principio de la igualdad entre las lenguas junto con la implicación de que la lengua que uno habla no ejerce ningún efecto sobre la cualidad de su vida intelectual y artística, para no mencionar su carrera y sus perspectivas económicas (cf. 9.5). Por razones bien fáciles de sostener se explica por qué ciertas lenguas, y no otras, se enseñan a discreción en nuestras escuelas y universidades. Los lingüistas que insisten en la igualdad de las lenguas no tienen tampoco por qué suscribir la idea de que todas las culturas merecen por igual esta suerte de difusión deliberada que denominamos educación. Es un asunto sobre el cual cada lingüista, como individuo, puede tener su opinión personal. No hay para ello ninguna concepción corporativa.

### AMPLIACIÓN BIBLIOGRÁFICA

En general, es la misma que para el capítulo 9. De las obras introductorias mencionadas, Hudson (1980) y Trudgill (1974) son especialmente recomendadas para los temas tratados en este capítulo; y de los libros, Hymes (1964). Véase asimismo Burling (1970) como introducción que comprende un panorama sociolingüístico y etnolingüístico desde una concepción antropológica, no sociológica o de psicología social; también Ardener (1971) para una visión más amplia. Además, para distintos enfoques a la etnolingüística, Crick (1976); Greenberg (1968, 1971); Tyler (1969).

Sobre la hipótesis de Sapir-Whorf, añádanse Black (1959, 1969); Carroll (1953b); Cooper (1973); capítulo 5; Henle (1958); Hoiijer (1954); Saporta (1961); Slobin (1971); Whorf (1956).

En cuanto a la hipótesis de Kay-Berlin, la codificabilidad y los prototipos semánticos (junto con algunos trabajos anteriores significativos y distintos de los citados para la hipótesis de Sapir-Whorf en general) consúltense: Berlin & Kay (1969); Brown (1958a, b); Clark & Clark (1977); Lloyd (1972); Lyons (1977b: 245-50); Osgood, May & Miron (1975), capítulo 6; Rosch (1973, 1974, 1975, 1976).

Sobre la traducción, cf. Brower (1966); Catford (1965); Nida & Taber (1969); Olszewsky (1969), capítulo 9; Savory (1957); Steiner (1975). Sobre la traducción bíblica: Beckman & Callow (1974); Nida (1945, 1964, 1966). [También García Yebra (1982); Mourin (1971).]

Para los pronombres de tratamiento y la distinción T/V, cf. Adler (1978); Brown & Gilman (1960); Brown & Levinson (1978); Friedrich (1968, 1972); [Marcos Marín (1978)]. Para una descripción más amplia del empleo de pronombres de tratamiento en *Ana Karenina* de Tolstoy, consúltense Lyons (1980).

Sobre la etnografía del habla: Bauman & Sherzer (1974); Goody (1978); Hymes (1977).

Acerca de los juegos verbales y la virtuosidad lingüística, cf. Bauman & Sherzer (1974); Burling (1970), capítulos 10-11; Hymes (1964), parte 6. Sobre el charloteo y las rifas ilegales, véanse las obras citadas para el inglés negro en el capítulo 9 y, más en concreto, Abrahams (1874). Sobre el habla antonímica en walbiri, cf. Hale (1971).

Para la alfabetización y su importancia cultural: Basso (1974); Goody (1968); Goody & Watt (1962).